Miércoles, 03 de abril 2013

El destino de la religión civil

http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2013/04/the-fate-of-civil-religion.html

Describir la fe en el progreso como una religión, como he hecho en estos ensayos en numerosas ocasiones, provoca un buen número de malentendidos. El más básico de ellos surge de la forma en que la misma palabra "religión" ha sido rechazada de la retórica práctica en todas las partes de la sociedad moderna. Por lo tanto, va a ser necesario empezar por echar un vistazo más de cercano al uso de ese término tan discutido.

El gran obstáculo es el gran número de personas que en estos días insiste en que la religión es una cosa específica con una definición específica. Lo malo es que es muy común distorsionar la definición para favorecer las creencias propias del definidor y dar una bofetada en la cara de los rivales; eso es cierto tanto para las personas religiosas que desean definir la religión como algo que tienen y el resto no, como para los ateos que quieren insistir en que lo que tienen no es una religión, no importa lo mucho que se le parezca. Sin embargo, aquí también hay una cuestión más profunda.

La palabra "*religión*" es una etiqueta para una categoría. Esto puede parecer una afirmación excesivamente obvia, pero tiene implicaciones que con sorprendente frecuencia se pasan por alto. Las categorías no son, en general, las cosas que existen por ahí en el mundo. Son abstracciones lingüísticas y culturales, abstracciones que las mentes humanas utilizan en contextos específicos para transformar el desorden y la diversidad de la experiencia en algún tipo de orden con significado. Pero definir una categoría no es más que trazar una frontera mental sobre ciertas cosas, es algo así como una manera de hacer hincapié en sus semejanzas y en sus diferencias con respecto a otras cosas. Para presentar el asunto de una manera ligeramente diferente, las categorías son herramientas. Una herramienta en sí no puede ser verdadera o falsa, sólo puede ser más o menos útil para una determinada tarea o trabajo, y ligeras variaciones en el diseño de una determinada herramienta pueden ser útiles para hacer el trabajo de manera más eficaz.

La falta de atención a este detalle ha causado un gran número de disputas, que van desde lo absurdo a lo profundo. Así, por ejemplo, cuando la Unión Astronómica Internacional anunció hace unos años que Plutón había sido reclasificado (dejó de ser un planeta para clasificarse como un planeta enano) en algunos comentarios de internet parecía que los astrónomos hubieran dirigido un rayo de la muerte al antiguo noveno planeta y lo hubiesen volatilizado del sistema solar. Por supuesto que no hicieron nada por el estilo, simplemente estaban siguiendo un precedente establecido en la década de 1850, cuando el asteroide Ceres, clasificado originalmente como un planeta tras su descubrimiento en 1801, fue despojado de ese título al descubrirse otros objetos similares.

Plutón, como se vio después, fue simplemente el primer objeto del Cinturón de Kuiper que se avistó y se le dio nombre, al igual que Ceres fue el primer objeto del cinturón de asteroides que se vio y se nombró. Los descubrimientos posteriores de Eris, Haumea, Sedna y otros objetos similares a Plutón en los arrabales ricos en bolas de nieve del sistema solar convencieron a la UAI de que la asignación de Plutón a una categoría diferente tenía más sentido que mantenerlo en la lista de los planetas. El cambio de categoría no afectó a Plutón en absoluto; simplemente es una manera un poco más útil de clasificar la diversa familia de objetos que orbita en torno al Sol

Un cambio similar, aunque en la otra dirección, se llevó a cabo en la sociología de las religiones en 1967, con la publicación del artículo de Robert Bellah "Religión civil en América (Civil Religion in America)". Antes de ese momento la mayoría de las definiciones de la religión habían presupuesto que algo podría ser asignado a esa categoría sólo si se daba la creencia en al menos una deidad. Desafiando esta noción, Bellah señaló la existencia de una clase de sistemas de creencias ampliamente aceptadas que tenían todas las características de la religión, excepto tal creencia. Tomando prestado un giro de la frase de Rousseau, llamó a estas "*religiones civiles*", y el ejemplo central en su publicación era el sistema de creencias que había crecido en torno a las ideas e instituciones de la vida política estadounidense.

Bellah mostró que la religión civil del americanismo podría compararse punto por punto con las religiones teístas populares en la vida americana y la comparación daba sentido a algunas características que sin este análisis no habrían sido interpretadas de manera convincente. El Americanismo tenía sus propias sagradas escrituras como la Declaración de Independencia, sus propios santos y mártires como Abraham Lincoln, sus propios rituales como el juramento a la bandera (que ocupa exactamente el mismo papel en el americanismo que las oraciones al Señor de la mayoría de las formas populares de cristianismo en los Estados Unidos) y así sucesivamente en la lista de instituciones religiosas. Además, y lo que es más importante, las creencias fundamentales del americanismo eran consideradas por la mayoría de los estadounidenses como evidentemente buenas y verdaderas, como estándares por los cuales las otras reivindicaciones de bondad y veracidad pueden y deben ser medidos: en una palabra, como fueron vistas como algo sagrado.

Mientras el americanismo era el tema central del artículo de Bellah, no es el único ejemplo de la especie cuya anatomía describe Bellah. Cuando se publicó el trabajo en cuestión, por ejemplo, un ejemplo clásico de la misma especie estaba en pleno apogeo al otro lado de las fronteras fuertemente custodiadas de la Guerra Fría. Durante el siglo y medio transcurrido desde la publicación de “El Manifiesto Comunista” hasta la implosión de la Unión Soviética, el comunismo fue una de las religiones civiles más exitosas del mundo moderno, una agresiva fe misionera que predicaba un credo apocalíptico de salvación secular. Compartía un amplio conjunto de características estándar con otras religiones occidentales contemporáneas, como sagradas escrituras y debates doctrinales sobre intrincados asuntos y apóstoles que difundían por todos los rincones del mundo su evangelio a los oprimidos.

Incluso su declarado ateísmo, la única barrera obvia que lo distinguía de sus rivales religiosos más convencionales, era simplemente una extensión de un principio central de las religiones abrahámicas, aunque no era tan habitual fuera de esa tradición originada en los desiertos. Las palabras inflexibles del primer mandamiento, "No adorarás a otros dioses" o “No hay más Dios que Dios”, eran tan esenciales para el comunismo como para el Judaísmo, el Cristianismo, o el Islam; la única diferencia en la práctica fue que (dado que la religión civil Comunista dirigió su reverencia hacia un conjunto hipotético de procesos históricos abstractos en lugar de a una deidad) su versión del mandamiento dictado a los fieles fue la de no tener ningún dios en absoluto.

No todas las religiones civiles se enfrentan con tanta a fuerza a sus rivales teístas. El Americanismo es un ejemplo de otra estrategia común, que puede ser descrita con razonable exactitud como la cooptación[1] la contratación de la deidad o deidades de la religión teísta popular a nivel local como parte de la propaganda de la religión civil de que se trate. En este caso, una imagen de hecho vale más que mil palabras:

[1] según el DRAE, acción y efecto de cooptar, v. tr: llenar las vacantes que se producen en el seno de una corporación mediante el voto de los integrantes de ella.

Espero que no sea necesario señalar a mis lectores que la constitución de Estados Unidos, tejida cautelosamente en medio de disputas y transacciones de último minuto, no fue revelada por Jesús a los padres fundadores y que es incluso algo insultante sugerir que un documento con tantas revisiones y modificaciones a lo largo de los años podría proceder de una fuente omnisciente. También espero que no sea necesario señalar que la mayoría de los padres fundadores que aparecen agrupados en torno a Jesús en la pintura eran deístas (fuertemente sospechosos de religión organizada), y por supuesto, también estaba Ben Franklin, escéptico, libertino, cuáquero no practicante y casi miembro del club del fuego del infierno, puesto en pie allí con una sonrisa beatífica en el rostro, con una mano sobre su corazón y la otra, sin duda, ocultando los dedos cruzados detrás de su espalda. Aún así, ese es el tipo de distorsión que se produce cuando las emociones evocadas por la religión civil intentan moldear en retrospectiva la historia. El Manifiesto Comunista y la Revolución de Octubre fueron objeto de la misma clase de hagiografía e inspiraron parte del arte más prescindible.

Sería bastante fácil citar (o incluso ilustrar con imágenes) otros ejemplos de religión civil de igual mal gusto, pero los dos que acabo de nombrar son buenos ejemplos de la especie y totalmente adecuados para ilustrar los puntos que quiero resaltar aquí. En primer lugar, se necesita sólo una breve ojeada a la historia para darse cuenta de que las religiones civiles pueden suscitar pasiones y lealtades casi tan fuertes como las evocadas por las religiones teístas. Un montón de patriotas americanos y comunistas comprometidos han guiado sus vidas por las religiones civiles en las que ponen su fe. Ambas religiones civiles han inspirado arte, arquitectura, música y poesía (aunque de carácter obscenamente kitsch); ambos han aportado la fuerza que impulsó, para bien o para mal, inmensos cambios sociales y culturales; ambos son comparables, incluso con las religiones teístas más populares, en su impacto sobre el mundo en los tiempos modernos,.

En segundo lugar, las relaciones entre las religiones civiles y religiones teístas tienden a ser tan problemáticas como las relaciones entre una religión teísta y otra. El tipo de plácida tolerancia con la que la mayoría de las democracias actuales consideran que la religión es la opción menos intrusiva, a menudo implica compromisos que incluso muchas religiones teístas encuentran difícil de aceptar. A partir de ahí, el espectro se extiende desde los esfuerzos más o menos descarados de cooptar las religiones teístas al servicio de la religión civil, a acusaciones de deslealtad y hasta las formas más violentas de persecución. La larga historia de relaciones conflictivas entre las religiones teístas y los credos políticos oficialmente no religiosos es, entre otras cosas, una válida confirmación de la tesis de Bellah: las religiones civiles y las teístas tan a menudo entran en conflicto precisamente debido a que apelan en muchas ocasiones a idénticas necesidades sociales e individuales y exigen a tantos fieles las mismas pasiones y lealtades.

En tercer lugar, las religiones civiles comparten con las teístas un fenómeno curioso y poco estudiado que puede ser llamado la anti-religión. Una antireligión es un movimiento dentro de una comunidad religiosa que dice oponerse a la fe de esa comunidad de una manera peculiar: abraza prácticamente la totalidad de las creencias de su religión de los padres, pero invierte los valores, tomando como bueno lo que la religión de los padres define como el mal y rechaza como malo lo que la religión de los padres había definido como bueno.

El ejemplo clásico del tipo es el satanismo, la antireligión del cristianismo. En sus formas tradicionales (los cristianos conservadores que hay entre mis lectores pueden estar interesados en saber que el satanismo también sufre de herejías modernistas), el Satanismo acepta prácticamente la totalidad de los presupuestos de la cristiandad, pero dice como el Satán de Milton, "*Mal, sé tú mi bien"*. Así, tendrás que buscar mucho incluso entre los católicos más devotos para encontrar a alguien más convencido del poder espiritual de la misa católica que un satanista de la vieja escuela. De ahí procede esa convicción de que la misa negra (la ceremonia o acto esencial del satanismo, parodia del rito católico tradicional) proporciona al satanismo cualquiera que se le atribuye.

Las antireligiones son al menos igual de comunes en las religiones civiles como en las religiones teístas. La religión civil del americanismo, por ejemplo, tiene como antireligión la proclamación devota y rica en detalles, común entre los radicales americanos de todas las tendencias, de que Estados Unidos es el mal absoluto entre las naciones del mundo. Este credo o anticredo, simplemente invierte las nociones convencionales de la excepcionalidad estadounidense sin cambiarla de ninguna otra manera. De la

misma manera, el comunismo tiene su antireligión, que fue fundado por la expatriado rusa Ayn Rand[2] y se ha convertido en el centro de la fe de la mayor parte del movimiento pseudoconservardor actual de Estados Unidos. Por supuesto que no hay ninguna realidad conservadora en el objetivismo de Rand; es simplemente lo que obtienes cuando aceptas las premisas del marxismo-ateísmo, el materialismo, la lucha de clases, todo lo demás, pero dices "*Mal, sé tú mi bien*" a todos sus juicios de valor. Si alguna vez te has preguntado por qué tantos estadounidenses pseudoconservadores suenan como si estuvieran imitando el cacareo de los villanos capitalistas de la demonología comunista tradicional, ahora lo sabes.

La fuerza emocional, las difíciles relaciones con otras religiones y la presencia de una antireligión no son las únicas características que las religiones civiles tienen en común con las teístas. Del mismo modo que tiene sentido hablar de religiones civiles y religiones teístas como dos subcategorías dentro de la categoría más amplia de la religión como un todo, vale la pena señalar al menos una diferencia crucial entre las religiones civiles y las teístas: las primeras tienden a ser frágiles. Son mucho más vulnerables que las religiones teístas a una pérdida repentina y generalizada de la fe.

El colapso del comunismo a finales del siglo XX es un clásico ejemplo. En la década de 1980, a pesar de los esfuerzos heroicos de mentiras y autoengaño, nadie podía seguir aparentando por más tiempo que los regímenes comunistas repartidos por todo el mundo tenían algo en común con el paraíso del trabajador del mito comunista, o por lo menos en una escala de tiempo geológica. La gran visión profética central para la fe (la propagación en todo el mundo comunista de la revolución proletaria impulsada por la fuerza imparable de la dialéctica histórica; la dictadura del proletariado que vendría a continuación, en una nación tras otra, trayendo la bendición del socialismo a los parias de la tierra seguida por la extinción del estado y la llegada del comunismo verdadero), todo se volvió como un calcetín en el lapso de una sola generación, pasando de ser la esperanza de incontables millones de devotos a ser un tema para chistes negros entre los millones de hijos de esos mismos fieles. La implosión del imperio soviético y su círculo de estados satélites fue seguida en suspiro por el abandono del comunismo en el resto del mundo.

La religión civil Comunista era vulnerable a tan dramático colapso debido a que su reino era enteramente de este mundo. Las religiones teístas que enseñan la doctrina de la providencia divina y la inmortalidad del alma siempre pueden apelar al otro mundo para el cumplimiento de las esperanzas decepcionadas en éste, algo que una religión civil como el comunismo no puede. A medida que el sistema soviético daba trompicones hacia su colapso final, los fieles creyentes en el evangelio comunista no podían consolarse con la esperanza de que serían recibidos en el paraíso del trabajador después de muertos, o incluso rezar para que los ángeles del materialismo dialéctico castigasen al comisario local por sus pecados. No había forma de huir del hecho de que sus esperanzas habían sido traicionadas y no se podían mantener las promesas fundamentales de su fe.

Este tipo de colapso súbito sucede a bastante a menudo en las religiones civiles y explica algunos de los cambios más dramáticos en la historia religiosa. La implosión del paganismo romano a finales del Imperio, por ejemplo, fue impulsada por un buen número de motivos, pero uno de los más importantes fue la manera en que el culto a los antiguos dioses había sido cooptado por la religión civil del estado romano. En el cénit del Imperio Romano, Júpiter y el resto de dioses del antiguo panteón se habían convertido en funcionarios políticos, ocupando el mismo papel del Jesús de la pintura anterior. El viejo concepto de la *Pax Deorum* —el mantenimiento de la paz y las buenas relaciones entre el pueblo romano y sus dioses— había sido secuestrado, cooptado, por el servicio a la *Pax Romana*, y generaciones de panegiristas romanos insistieron en que la piedad de Roma le garantiza el dominio perpetuo del mundo.

Cuando el imperio comenzó a despeñarse y esos panegíricos dejaron de ser exageraciones de los más cultivados y se convirtieron en chistes malos, religión civil romana se despeñó con él, y a su vez arrastró

[2] N. del T. Ayn Rand, seudónimo de Alisa Zinóvievna Rosenbaum (San Petersburgo, 1905 - Nueva York, 1982), filósofa y escritora estadounidense de origen judío ruso, ampliamente conocida por haber escrito los superventas El manantial y La rebelión de Atlas, y por haber desarrollado un sistema filosófico al que denominó «objetivismo». Rand defendía el egoísmo racional, el individualismo y el capitalismo *laissez faire*, argumentando que es el único sistema económico que le permite al ser humano vivir como ser humano, es decir, haciendo uso de su facultad de razonar. En consecuencia, rechazaba absolutamente el socialismo, el altruismo y la religión. (Wikipedia). Alan Greenspan se declara seguidor suyo.

Podéis buscar información en la Wikipedia (bastante favorable) o en otros sitios, como este donde la ponen a caer de un burro.

con ella a gran parte del paganismo romano. El colapso de la creencia en los dioses antiguos no fue tan repentino ni tan total como el colapso de la fe en el comunismo (hubo quienes encontraron sustento espiritual en la fe pagana tradicional y muchos de ellos se aferraron a ella hasta que intervino la creciente espiral de persecución cristiana), pero el fracaso de las promesas que la religión civil romana había puesto en manos de los antiguos dioses hizo las cosas mucho más fácil para el evangelio de los cristianos.

Es muy posible, como he sugerido más de una vez en estos ensayos, que algún destino similar esté esperando a la religión civil del americanismo. Esa fe ya ha cambiado de una manera que sugiere la inminencia de serios problemas. No hace muchas décadas un gran número de estadounidenses estaban totalmente convencidos de que el estilo americano era lo mejor, de que Estados Unidos inevitablemente superarían cualquier problema que pudieran causar sus enemigos o los caprichos de la naturaleza y de que la mejor esperanza del mundo radicaba en la posibilidad de que personas de otras tierras acabarían dándose cuenta al notar que aquí las cosas estaban mucho mejor y nos imitarían. Es fácil burlarse de tales opiniones, especialmente a la luz de lo que ocurrió en las décadas siguientes, pero una de las características de la fe, de cualquier creencia religiosa —sea civil, teísta, o de otro tipo— es que siempre se la considera ligeramente absurda, como mínimo, por aquellos que no tienen la creencia.

Sin embargo, quiero resaltar un punto más concreto. No encontrarás en muchos estadounidenses la celebración de tales creencias en la actualidad, y los que aún hacen tales afirmaciones en público suelen hacerlo a la defensiva y con ese tono de ira que sugieren que están repitiendo un credo en el que ni ellos ni sus oyentes creen ya. El Patriotismo americano, como el Patriotismo romano durante los últimos dos siglos del Imperio, se centra cada vez más en el pasado: no es la América actual lo que inspira devoción religiosa, sino un fantasma que se aparece desde una época anterior, con aspecto cada vez más utópico mientras desaparece de la vista. Mientras tanto, los políticos no se sacan de la boca las viejas consignas y siguen con su camino feliz. Me pregunto cuántos de ellos se han parado a pensar en las consecuencias si finalmente desaparece para siempre el último rescoldo de la antigua fe que una vez dio significado a esas consignas.

A las religiones civiles les pasa este tipo de cosas mucho más a menudo que a las religiones teístas. Animo a mis lectores que tengan eso en cuenta la próxima semana, ya que nos centraremos en otra religión civil, una que juega aún un papel más importante en la historia moderna que las dos mencionadas en este post. Esa fe es, por supuesto, la religión del progreso.